

Reseñas

Alan Deyermond, *La literatura perdida de la Edad Media castellana. Catálogo y estudio. I. Épica y romances*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1995, 256 pp.

Ya en su artículo sobre el *romance* —o lo que los estudiosos tienen que llamar en castellano “novela”— como género perdido en la literatura española medieval,¹ Alan Deyermond señalaba la falta de un libro sobre la literatura medieval presumiblemente extraviada, similar al que R. M. Wilson hiciera para la literatura inglesa (*The Lost Literature of Medieval England*); en esta ocasión, es el mismo Deyermond quien subsana con este catálogo que reseñó la falta deplorada no sólo por él.

Fruto de una larga investigación —el autor confiesa casi veinte años de investigador de la literatura perdida— y de la colaboración de numerosos especialistas —como señala con su acostumbrada honestidad—, aparece el primer tomo de lo que se promete será un catálogo en cuatro: el dedicado a las obras épicas y los romances.

El libro está dividido en tres apartados. El primero, aunque introductorio, no se aboca únicamente a expresar las finalidades del autor, sino que proporciona una interesante visión acerca de lo que es la literatura perdida,

las causas probables de su desaparición y las fuentes y métodos con los cuales se puede trabajar para conseguir una alusión sólida que pueda ser el indicio confiable de que una obra realmente existió. También explica algunos de los problemas por los que puede atravesar un estudioso cuando transita por los caminos de lo hipotético (el criterio para considerar alguna obra como perdida o bien la identificación de la lengua de un texto del que no hay ni un fragmento, o la vaguedad de la noticia sobre una obra determinada, cuestiones que inciden directamente en la manera de redactar las fichas). Los siguientes dos apartados son ya propiamente el catálogo: una primera parte se dedica a la épica —dividida en tradicional y literaria—; la segunda a los romances.

La épica ha sido, tradicionalmente, uno de esos campos en los que se libran apasionadas batallas académicas. Deyermond pasa lista, tan brevemente como es necesario en un catálogo, a la más famosa de ellas: “individualistas” *versus* “neotradicionalistas” complican sus diferencias con la opción maximalista más que oralista de Albert Lord sobre el peso específico de cada *performance* como texto diferente. La sola idea de imaginar millares de versiones como obras

¹ Deyermond, Alan “The lost Genre of Medieval Spanish Literature”, *Hispanic Review*, 43, 1975, 231-249.

perdidas distintas toma las proporciones de una pesadilla, concretada cuando Deyermond habla de un cálculo que arrojaría “supuestos muy conservadores” de siete millones de poemas perdidos (p. 51). Sin embargo, Deyermond sólo alude a esta posibilidad; en realidad se limita a dar en la parte dedicada a la épica tradicional —la más extensa del libro— un total de 69 fichas de las cuales considera como seguras únicamente 29. A éstas otorga una entrada con un pequeño estudio y bibliografía, mientras que restringe a las 40 restantes a subentradas, intentando así reducir al mínimo las entradas de versiones de un solo cantar.

En este apartado podemos encontrar las referencias y la bibliografía que apoya la existencia lo mismo de textos tan validados como las dos versiones del *Cantar de Sancho II* y de *Los siete infantes de Lara*, que la de leyendas que únicamente mediante un prolongado y cauto rastreo puede desembocar en una presumiblemente perdida canción de gesta, como es el caso de *La leyenda de la campana de Huesca*, la *Canción de Baldoños o de Sansueña* o la historia de *La mora Zaida*.

Me parece interesante destacar que mientras que Deyermond acepta como fidedignas numerosas alusiones a distintas versiones de *El poema del Cid* o de *La condesa traidora*, por ejemplo, prefiere, ante el carácter meramente hipotético de otros poemas, no incluir ficha alguna de la que podría considerarse épica visigoda —o por lo menos de temas visigodos—, como *La leyenda de Vitiza* o el *Waltharius*, y de la conquista de la Península por los moros, como *La leyenda del rey Rodrigo y la pérdida de España*; estudia distintas hipótesis y descarta opiniones de Menéndez Pidal —y de otros como Samuel Armis-

tead— por falta de pruebas que apoyen la existencia de estos textos dentro del género épico.

A diferencia de la considerable épica tradicional, la literaria, como él llama a la culta, aparece no sólo menos numerosa —únicamente cinco fichas, de las cuales sólo dos le parecen seguras a Deyermond: el *Carmen de morte Sanctii regis* y una traducción glosada de la *Eneida* por Enrique de Villena—, sino también bastante menos complicada, ya que como él mismo señala:

En el estudio de la épica literaria hispánica de la Edad Media no tenemos que enfrentarnos con el problema de la composición oral y la consecuente posibilidad de un número enorme de poemas perdidos [...]. Y el número de textos perdidos es en efecto muy reducido, en parte porque no parece que hubiera muchos poemas de este género en la España medieval, y en parte porque la naturaleza de los textos conlleva buenas posibilidades de conservación (p. 141)

Además de las dos que considera como seguras, Deyermond incluye las fichas de dos traducciones de Pedro González de Mendoza, cardenal hijo del marqués de Santillana; una de la *Eneida* y otra de nombre *Ulisea*, así como de *Rimas sobre la prisión de Mallorca* que trataría sobre la toma de Mallorca por los aragoneses.

Finalmente, la sección dedicada a los romances contiene treinta y nueve entradas que incluyen versiones o textos de romances. Efectivamente, como bien lo explica Deyermond, los problemas que plantea hablar con seriedad de la literatura perdida se incrementan notablemente cuando se tocan los terrenos del Romancero (creo que de cualquier tipo de literatura tradicional).

Por una parte tenemos la cuestión de la transmisión oral que es un factor determinante en el establecimiento no sólo de número de textos perdidos, sino en la identificación misma de ellos. Como en el caso de la épica, está también el problema de las versiones, aquí recrudescido por tratarse de una forma poética que vive naturalmente en muchas versiones diferentes sin por ello perder unicidad ni unidad. Por otra parte, apunta Deyermond que la discusión sobre los grupos de tradiciones a los que pudiera pertenecer el texto reconocido es otra de las grandes dificultades que le planteó este apartado. Por último, le es importante marcar las fronteras temporales, que inciden en la antigüedad del género y su pertinencia en un catálogo de textos medievales.

De todos estos problemas, me parece que es importante destacar el de la antigüedad del género, pues aunque los especialistas suelen manifestarse acordes con su surgimiento en el siglo XIV, hay quienes apoyan una antigüedad mucho mayor, que pudiera tal vez remontarse al siglo VIII. No obstante, al margen de eruditas consideraciones sobre estas fechas, se me ocurre que la pertinencia de tales hipotéticos textos, de los que no conservamos huella dentro de un género bastante homogéneo como el romance podría resultar aventurada. Deyermond, por suerte, se limita a mencionar la cuestión y, aceptando la postura de Armistead, no incluye textos que podrían ser únicamente producto de la hipótesis. Ahora bien, creo que una última cuestión debería ser si los textos que continúan vivos, aunque casi irreconocibles, en la tradición actual deben considerarse como perdidos por haber evolucionado.

Puede verse, en esta última parte del catálogo, la dificultad con la que cada entrada se ha conformado. Es un verdadero esfuerzo de depuración y rastreo para aportar evidencia de versiones o textos efectivamente distintos de los que conocemos por documentos de los Siglos de Oro o pervivencias del Romanero actual. Tal es el caso de *Tres hijuelos había el rey*, del que se logran distinguir dos versiones diferentes gracias a un análisis de Nebrija, o las distintas alusiones de cancioneros o pliegos sueltos a romances carolingios.

El reto emprendido por Deyermond de hacer no sólo un catálogo, sino un concienzudo estudio para cada uno de los apartados, la numerosa bibliografía y los exhaustivos índices prometen que este libro será una herramienta de gran utilidad, no sólo para aquellos jóvenes hispanistas españoles que buscan y rebuscan en bibliotecas y archivos tratando de rescatar alguna obra hasta la fecha perdida —que Deyermond señala como los principales destinatarios de su catálogo—, sino también para cualquier estudioso de la literatura medieval que se dedique a tejer el panorama de una literatura que permanece parcial y no siempre representada correctamente por las obras que conservamos. Como ya señaló Deyermond en su artículo aludido al principio de esta reseña, el estudio de la literatura perdida puede producir modificaciones importantes.

Ahora no nos queda sino esperar ansiosamente los tomos restantes de este utilísimo catálogo para completar nuestro panoramas.

ANA MARÍA MORALES
El Colegio de México